

BOLETÍN DE LETRAS

Número especial

Año 30, N° 59

1° Semestre 2015

ÍNDICE

Número Especial

Dossier

Literatura histórica

Cantos a la libertad de Lima

Tomados de *La Lira Argentina*, 1824

Fray Francisco de Paula Castañera Vaticinios	3
Juan Cruz Varela Por la libertad de Lima, 10 de julio de 1821- Oda	5
Esteban de Luca Canto lírico a la libertad de Lima	14
Juan Crisóstomo Lafinur A la libertad de Lima – Oda	31

Copyright by EDICIONES FEPAI- M.T. de Alvear 1640, 1° piso E, Buenos Aires - Argentina.
Queda hecho el depósito de Ley 11.723.

Se permite la reproducción total o parcial del contenido de este Boletín, siempre que se mencione la fuente y se nos remita un ejemplar

ISSN 0326-8802

FRAY FRANCISCO DE PAULA CASTAÑEDA

Vaticinios

1.º

Por más que Pezuela gima;
Lima,
que bamboleando está ya,
caerá
a pesar de los tiranos
en nuestras manos.
Los bravos americanos,
por mar y tierra peleando,
a Pezuela van gritando:
“Lima caerá en nuestras manos”.

2.º

Tiembla el tirano opresor
de horror:
y aunque a resistir se ensaya
desmaya
pues que se acuerda muy tarde
el cobarde.
Aunque Pezuela hace alarde
de valiente mandarín
al nombre de San Martín,
de horror desmaya el cobarde.

3.º

Lima el asiento primero
al clero
para dos veces triunfar
va a dar
con prudente y sabia calma
la palma.
Maldice el limeño en su alma
al sistema irreligioso,
y para no ser faccioso
al clero va a dar la palma.

4.º

No hay miedo que el Perú quiera
fuera
salir en obra ni en voz
de Dios;
aunque llegue al vencimiento,
un momento.
Pronosticar es mi intento,
que el perulero, al triunfar,
jamás consentirá estar
fuera de Dios un momento.

JUAN CRUZ VARELA

Por la libertad a Lima, el 10 de julio de 1821
Oda

¿Cuál embriaguez, cuál entusiasmo mi alma
hoy arrebatan? ¿Y en la sangre mía,
por qué un hervor desconocido siento?
¿Quién, con alegre voz, la quieta calma
se atreve a perturbar, en que yacía,
víctima inútil de un dolor violento?
Vosotras sois, oh, vírgenes del Pindo,
las que agitáis mi pecho... Perdonadme
si a vuestro imperio, dócil, no me rindo;
y de una vez dejadme
que en lugar de mi canto
sobre mi triste patria vierta llanto.

¿Y cómo he de cantar? Desde la orilla
del argentino río, hasta las cumbres
de los montes que a Salta predominan,
¿no veis, no veis que la mortal semilla
de destrucción cundió?... ¡Qué pesadumbres,
qué lágrimas, qué duelo! Se amotinan
funestas las pasiones en un año:
¡oh, año veinte del siglo! Tú acabaste,
y contigo tu horror; empero el daño
que en pos de ti dejaste
pesarlo es imposible
y enmendarlo tal vez, porque es terrible.

Mas, ¿qué gozo hasta hora no sentido

¿mi corazón inunda de repente?
¿Cuál Dios parece que mi pecho inflama?
¿Será, será verdad que desmentido
queda mi horrible anuncio eternamente,
y que el llanto ya en vano se derrama?
Sí, vírgenes, corred: las victoriosas
sienes del vencedor orlad festivas
de albo jazmín, y de laurel, y rosas;
y entre alabanza y vivas,
a los libertadores
el camino cubrid de palma y flores.
Oigo el eco veloz, que atravesando
del Pacífico mar la quieta hondura,
resuena de los Andes en la cima;
ya, ya llega a nosotros, proclamando
de San Martín el nombre, y la bravura
de los que dieron libertad a Lima.
¡Libertad! ¡Libertad! no más resuena
por todo el continente; y el ruido
del último eslabón de la cadena 4
en trozos dividido,
amedrenta y aterra
a todos los tiranos de la tierra.

Y todo cierto fue. Los batallones
condujo San Martín; y se tendieron
en frente de las horribas murallas
coronadas de muerte. Las legiones
que al tirano servían, contuvieron
medrosas el furor de las batallas.
El pavor y el asombro y el espanto
delante nuestras filas se movían;
y en medio de las filas entretanto
serenos presidían

el valor, la firmeza,
la confianza en el jefe y su entereza.

Acudid, acudid al muro fuerte,
erguidos héroes de la erguida España;
abrid las férreas puertas, y lanzando
las falanges al campo de la muerte,
en el campo venced. La fiera saña
e vuestros duros pechos derramando
sobre los libres que tenéis al frente,
vengaos en ellos: decidid al cabo
si el Perú debe ser independiente,
o si, por siempre esclavo,
en vano, en vano anhela
el genio grande que a librarlo vuela.

Esos son, esos son los que dos veces
en Chacabuco y Maypo ya os mostraron
que humillar saben el poder de Europa,
y convertir sus triunfos en reveses.
El mismo rayo lanzan que lanzaron,
vibran el mismo acero: ésa es la tropa,
y ése su general. La misma guerra
que al despotismo ibérico han jurado,
conducen hoy a la domada tierra,
que el yugo abominado
de vuestra tiranía
sacudir sin su amparo no podía.

¡Qué! ¿Abandonáis de un golpe las venganzas
dos lustros en vuestra alma envejecidas,
y el enconoso y temerario empeño?
¡Oh!, dejad, si podéis, las esperanzas
de los libres del Sud desvanecidas:

el Perú conservad a vuestro dueño,
y enseñadnos de nuevo a ser esclavos.
Pero ¡qué! ¿no salís del doble muro
a llamar al combate a nuestros bravos?
Mirad que más seguro
nuestro triunfo se acerca,
y más vergüenza y más oprobrio os cerca.

¡Desgraciada ciudad! Ya pocos soles
te van a ver cautiva. ¡Hermosa Lima,
orgullo noble del Perú opulento!,
ya de tus torres las soberbias moles
muy en breve verán desde su cima
flamear el patrio pabellón al viento.
El grande general de día en día
redobla su tesón irresistible,
y la estrechez del sitio. Tal sería
Aquiles invencible
cuando a Ilión asediaba,
y a la vista de Ilión no se arredraba.

Pero ya se oye el llanto entre los muros,
y la lánguida voz de la miseria,
y la desesperación de la hambre insana.
El pueblo ya murmura de los duros
visires que lanzó la ávida Iberia
para horror de la tierra americana.
Mas los visires, sordos a las voces
del pueblo, nada escuchan; y entretanto
escuálidos los rostros más atroces,
que antes daban espanto, veo que los aceros
caen de la débil mano a los guerreros.

Crece la confusión: el miedo vaga
por entre los soldados, repitiendo
de Ricaford y Orrelly los desastres,
y los de otros sin fin.
Ya ven que amaga
igual rayo sobre ellos, y temiendo
nueva desolación, nuevos desastres,
no hay poder que los lleve al campo honroso
que la libertadora hueste pisa,
a disputar su posesión; medroso,
cada hombre en él divisa
su sepulcro, y presiente
lo que es en campo abierto nuestra gente.

En tanto la esperanza ya se cierra
de resistir más tiempo. Decidido
San Martín a vencer, redobla, apura,
todos los medios que le da la guerra;
guerra, cuyos horrores, condolido
hace sentir a un pueblo sin ventura,
que clama por ser libre, y humillado
vive en degradación. Pero ya el día,
está pronto a lucir, que decretado
el justo cielo había; el cielo que se cansa
de ver tanto delito sin venganza.

¿Cuál estrépito horrísono en las plazas
de la oprimida capital se siente?
¿Qué repentino movimiento lleva
por doquier las falanges? ¿Qué amenazas!
¿Qué clamor a la vez! Se cree valiente
el bárbaro español, ¿y así se ceba
del pueblo inerme en el brutal saqueo?
¿Cobardes! Ya, perdida la esperanza,

¿vuestro oprobio ha de ser vuestro trofeo?
¿Será que la venganza
hasta la afrenta os lleve?
Pero, ¡cuándo un tirano no es aleve!

Mas no osarán, oh, San Martín terrible,
arrostrar tus enojos, Hélos, hélos
que ya la capital abandonando
a tu poder tremendo, irresistible,
de la encumbrada sierra por los hielos
asilo a su vergüenza van buscando.
Donde la planta fijan, allí imprimen
la huella del horror. ¿A dónde empero
evitarán su ruina, si ya esgrimen
sobre ellos el acero
los guerreros que enviaste
a consumir la obra que empezaste?

Entra, genio inmortal: anega tu alma
en el placer de libertar tu suelo;
entra en la gran ciudad, y los abrazos
recibe de los libres, y la palma
con que tu triunfo coronó tu anhelo.
Has roto ya los apretados lazos,
y el férreo yugo del Perú oprimido.
Por doquier haya libres en el mundo,
y resuene tu nombre, será oído
con respeto profundo,
y la Fama sonora
lo cantará por cuanto Febo dora.

¡Cuál se goza la América, elevando cada vez más y más su digno trono sobre las
ruinas de ambición iberá!
Sus hijos, sus derechos recobrando,

el nombre abominable de colono
para siempre borraron. Nueva era,
nuevo tiempo se cuenta. La memoria
de nuestra antigua servidumbre, hundida
en el olvido yazca. Si en la historia
debe ser repetida,
que solamente sea,
porque nuestra justicia allí se lea.

¡Provincias!, que en el Sud del Nuevo Mundo
disteis de libertad el primer grito,
y el primer estandarte levantasteis:
sobre vosotras, sí, su aliento inmundo
la anarquía sopló; pero al Cocito
el monstruo horrible de una vez lanzasteis.
El funesto año fue; y al negro olvido
está ya su memoria encomendada.
A honor mayor volvéis. Tal, combatido
por la mar irritada,
vaga un bajel incierto,
y escapa de la mar, y gana un puerto.
Abríos hoy a nuevas esperanzas;
mirad en el Perú vuestros hermanos
ya libres de opresión. Esas legiones
que obraron de la patria las venganzas,
de que temblaron siempre los tiranos,
y arrollaron doquier sus batallones,
de vuestro seno fue de do salieron
para librar a Chile, y lo libraron;
de allí animosas al Perú partieron,
y en el Perú mostraron
que ya diez años hace,
que el sol las mira libres cuando nace.

¡Gozaos, pueblos todos! ¡Ea!, abramos
los cimientos del solio extenso, eterno,
do algún día la patria se coloque
con esplendor sin par. Ya, ya tocamos
el término a los males. El Averno
trague hasta el nombre vil del que provoque
el furor de los libres. Nuestros hijos
oigan contar el entusiasta anhelo
del héroe San Martín, y los prolijos
trabajos de su celo;
y respeten su gloria
hondamente grabada en la memoria.

Sí, digno general: Aníbal mismo
envidiara tu nombre si existiera;
que alguna vez a Aníbal excediste.
¡Con qué placer su heroico patriotismo
reproducido en ti Washington viera!
Su sombra ilustre por doquier te sigue,
y tuyas son tus obras. No, no acabes
sin que acabe el tirano en justa guerra;
y cuando el crimen de tres siglos laves,
da la paz a la tierra;
que desde hoy para entonces
tuyo es el mármol, tuyos son los bronce.

Y vosotros ¿qué hacéis, imitadores
de Píndaro inmortal, hijos amados
del padre de la luz y la armonía?
Cantad a San Martín y sus loores,
llevad en vuestros metros delicados
desde do nace hasta do muere el día.
De todo triunfa el tiempo. Sin las musas
un héroe al fin no es héroe; que perdido

debe quedar su nombre en las confusas
tinieblas del olvido,
después que, ya pasados,
caen siglos sobre siglos despeñados.

Solo es dado a los versos y a los dioses
sobrevivir al tiempo. ¿Quién ahora
a Eneas y sus hechos conociera?
¿Quién de Príamo triste los atroces
dolores, y la llama asoladora
de su infeliz ciudad, si no viviera
la musa de Marón? Y sin Homero,
¿qué fuera ya de Aquiles? Los loores
cantad, cantad del inmortal guerrero,
y tributadle honores
que no puede mi lira,
porque es débil la musa que me inspira

ESTEBAN DE LUCA

Canto lírico a la libertad de Lima

Buenos Aires

No es dado a los tiranos
eterno hacer su tenebroso imperio
sobre el globo infeliz, llevando insanos
a doquier el terror, el llanto, el duelo,
la viudez y orfandad; en vano el trono
ven con ardiente celo
guardar a los ministros de su furia;
en vano fieros desde el alto asiento
de su injusto poder miran los males
de pueblos oprimidos y obedientes
por largo espacio al ímpetu violento
de su cruel ambición; ya las señales
de su ruina y oprobio están presentes;
llega por fin el día, en que hasta el polvo
su soberbia humillada
será de las naciones execrada.

Así el poder de Jerjes orgulloso,
así el dominio del feroz Atila,
tan solo en la memoria
duran hoy de los hombres, y es su gloria
del Orbe aborrecida; ya pasaron,
cual plagas espantosas, y a la tierra
solo largos recuerdos le dejaron
de incendios, muerte, asolación y guerra.

Así, oh, España, vimos

caer aquel vasto y gótico edificio,
que a tu infausta ambición sobre las ruinas
de dos ricos imperios levantaste
en el nuevo hemisferio: al torpe vicio,
al sórdido interés abandonada,
fuiste esclava a tu vez, también probaste
en justa pena de tu horrendo crimen
el duro yugo que la ardiente espada,
de Napoleón te impuso. Entonces gimen
tus hijos degradados, los que fieros
a Colombia destrozan y la oprimen.

Cuando allá de los altos Pirineos
hasta el soberbio muro gaditano
los brillantes trofeos
las águilas francesas anunciaban
del César más altivo, heroicos gritos
por todo el Nuevo Mundo resonaban
contra la antigua España y sus decretos,
que del colono con la sangre escritos,
a eterna esclavitud lo condenaban.
Diez años a los hijos de Colombia
sobre los montes y tendidos llanos
vio el sol entre fatiga,
y muerte y destrucción la horrenda liga
combatir de los bárbaros tiranos,
invocar de la patria el santo nombre,
y constantes y fieles,
su vida consagrarle y sus laureles.

Mas súbito, al estruendo formidable
y confuso clamor alto silencio
se sigue, comparable
al que vemos reinar en el océano,

cuando ya cesa el aquilón furioso
de agitarlo y bramar; cuando sus aguas,
blandamente del céfiro movidas,
calma dan y reposo
a las almas de espanto confundidas;
silencio majestuoso,
que a la opulenta Lima ya cercano,
San Martín interrumpe, cuando clama:
“Independencia al suelo americano»”

Oye atroz tirano
este augusto decreto del Eterno
con profundo terror, el negro Averno
abierto ve a sus pies, cual otras veces,
al oír la voz del trueno retumbante
que le acusa de crímenes horrendos.
¡Oh, gloria! San Martín ya entra triunfante
a la gran capital donde reinaba
el sangriento poder, la vil codicia,
que a ejemplo de Pizarro, devoraba
al visir orgulloso;
aquí los fieros déspotas, viviendo
tres siglos en deleite escandaloso,
la miserable suerte
del colono un momento no aliviaron,
y a servidumbre y muerte,
gozándose en el mal, lo condenaron.

Al frente de las huestes de la patria,
marcha la libertad, hermosa brilla
y augusta la razón; ¡glorioso día!,
ya disipan sus rayos luminosos
la noche del error que antes cubría
con un velo fatal los espantosos

designios del tirano.
Ya en toda Lima el himno soberano
de libertad resuena;
ya rota la cadena
de amarga esclavitud, canta las glorias
del grande capitán; ya los clamores
de un pueblo agradecido las victorias
publican de los libres:
¡Libertad! ¡Libertad! Sublime acento,
que lleva el eco desde el hondo valle
a los montes más altos y fragosos,
y repiten los mares procelosos.

Oh, ilustre pueblo,
en el más fuerte asilo
de antiguos opresores, circundado
de bárbaros sayones,
valorar la virtud aún no te es dado
del fuerte de los fuertes, del gran genio,
que al frente de guerreros escuadrones,
de audaces poderosos enemigos
venció la rabia insana;
tú, que a la dulce libertad hoy naces,
aún no puedes saber de cuanto lustre
ha colmado a la gente americana;
en tu dicha inefable y suspirada
pregúntalo a los pueblos, que del yugo
libertó de opresión su heroica espada;
oye los claros hechos,
que del héroe pregonan
los pueblos libres en sagrada alianza,
y une a los cantos, que a su gloria entonan,
el debido tributo de alabanza.

San Martín animado
de celestial impulso, en el gran libro
leyó de los destinos, que Colombia,
largo tiempo oprimida
por la ambición más bárbara y funesta,
cobrando nueva vida,
rompiendo sus prisiones,
alzarse debe libre, independiente
de la soberbia España,
y triunfadora de su cruda saña
bella y rica mostrarse a las naciones.
El intrépido jefe, los peligros
contempla, y las distancias
que ha de arrostrar en la gloriosa empresa;
ora al tirano ve, que armado en muerte,
un momento no cesa
de oprimir obstinado, y a la suerte
de la patria oponerse venturosa;
en el carro tremendo
ora lo ve en la lucha sanguinosa,
y entre el horror de muertes mil cayendo
ve al generoso indiano; mas es justa
la causa que al caudillo el pecho inflama.
Sí, de los cielos la justicia augusta
ordena combatir; pronto la sangre
se verterá a torrentes,
y caudalosos ríos por tributo
la llevarán al mar en sus corrientes.

El sagrado entusiasmo en tanto crece
del fuerte San Martín que se imagina
el cuadro portentoso
de las generaciones venturosas,
que a tanto precio poblarán un día

comarcas numerosas
en el indiano suelo:
rasgando el denso velo
del arduo porvenir, al firmamento
alza los ojos, y al Eterno implora
en favor de la patria, a quien su aliento
generoso consagra. Arrebatado
de tan alto pensar, allá en la cima
de los Andes que el sol eterno dora,
ve a Colombia sentada; ella lo anima
con expresivo maternal acento
a ejecutar, como hijo denodado,
los planes que medita:
ella le muestra su fecundo seno
herido y destrozado
por el rayo y el trueno,
por la sangrienta guerra que lo agita;
ella el camino de la excelsa gloria,
la senda hermosa del honor señala
al jefe ilustre, que vengarla debe
con eterna victoria
de su tormento, a que ninguno iguala.

Portento tal de San Martín inflama
el pecho fiel, su brazo fortifica:
en la diestra el acero fulminante
el bélico furor ya comunica
a la hueste que en Cuyo preparara
al estruendo y estragos de la guerra.
Fue entonces débil muro
a la gigante empresa que formara,
la alta y nevada sierra.
En asilo seguro,
al otro lado de la mole inmensa,

se creyó largo tiempo el vil tirano,
cuando repente, con asombro, escucha
el sonoro clarín del bravo indiano,
cuando con ojos aterrados mira,
que San Martín a la tremenda lucha
descendía con fuertes batallones,
de la fragosa altura al fértil llano,
de libertad alzando los pendones.

¿Quién podrá retratar los movimientos
de gloria y alto honor, que lo agitaban,
allá en la cumbre de soberbios montes,
del Éter puro en la región sublime?
¿Quién logrará los altos pensamientos
dignamente cantar, que lo elevaban
sobre la esfera entonces
de las pasiones viles, que oscurecen
la mente del común de los mortales?
A designios tan nobles, tan augustos
los acentos de Clío desfallecen;
para ejemplo y asombro, los anales
del mundo lo dirán: no fue de Aníbal
tan heroico el aliento,
cuando el consejo y fuerza del romano
allá sobre los Alpes contemplaba,
y eterno monumento
en Canas a su gloria levantaba.

Así fue que, cual rayo desprendido
del alto cielo en tempestad sonora,
destruyó en Chacabuco el yugo infame
que el chileno oprimía;
después, en Maypo, en más tremendo día,
a esfuerzos de valor y de constancia,

a la patria salvó, dobló la afrenta,
y humilló la arrogancia
del opresor sangriento, que tornaba
más fiero y confiado
en huestes numerosas, que mandaba.
Entonces San Martín un nuevo Estado
dio a la sagrada causa; en premio entonces
él vio cuanto brillaba
su heroísmo a la faz de las naciones;
él oyó resonar su claro nombre
en las dulces canciones,
en los cantos heroicos, que los hijos
de Apolo consagraban inspirados
a sus grandes hazañas; todos vimos,
que los dardos entonces disparados
por la rabiosa envidia contra el héroe,
en su escudo luciente, impenetrable
volaban a romperse: así admirable
respondió San Martín a la esperanza
que un día en él fundaron
Buenos Aires y Chile,
cuando sus nobles armas le confiaron.

Mas aún no era bastante
a su grande alma el español orgullo,
en Chile por dos veces humillado.
Aquí tan solo ejecutaba parte
de los planes profundos que en su mente
continuo revolvía: nuevo Marte
debe ser y llevar rápidamente
más allá de los montes,
más allá de los mares,
las armas de la patria. Consumada
así la libertad, así la gloria

de Colombia verá; su fuerte espada
aún debe fulminar, hasta que en Lima
se vea entrar triunfante
el altar de la patria; aún es forzoso
el solio derribar, que allí, arrogante,
en triste aciago día,
por tres siglos alzó la tiranía.

El jefe ilustre del heroico Chile
de San Martín la empresa favorece.
¡Cuánto se inflama el atrevido genio!
¡Cuál su entusiasmo crece,
al llegar a las playas arenosas
del Pacífico mar! Oír le parece,
al ruido de las olas espumosas,
las plegarias fervientes
del Perú, de sus pueblos numerosos,
que contra los tiranos inclementes
auxilio le demandan animosos:
esperad, esperad, gente peruana;
favorables los vientos
impelen ya las naves atrevidas,
que os llevarán la hueste americana;
ellas van conducidas
por el nuevo Argonauta, el grande Cochrane,
que triunfa de los fieros elementos,
y en tus costas humilla
el pendón ominoso de Castilla.

¡Cuánto furor enciende a los tiranos
al eco de la Fama, que publica,
que a su imperio los hijos belicosos
abordan de la patria! A los prestigios
del fanatismo odiosos,

y a las armas acuden; asombrados
huyen sus ojos del profundo abismo
donde caerán por siempre sepultados.

¡Cuánta sangre y sudor, cuánta fatiga
os esperan, soldados de la patria,
antes que en el Perú logréis dichosos
arrancar el laurel de la victoria!
En medio de verdugos espantosos,
aún el visir de Lima
eterno cree su imperio,
aún os condena a eterno cautiverio,
aún los brazos armados por su furia
impele en vuestro daño a los combates;
mas una vez y mil en vuestro aliento
encuentra oprobio, ruina y escarmiento.
Tened vuestro furor, crueles tiranos;
muchas veces la tierra
se estremeció con el horror y espanto
de asoladora guerra
que movisteis a pueblos, que del hombre
los sagrados derechos invocaban;
mas de vuestra crueldad ellos triunfaban,
y sobre vuestras ruinas muerte o gloria
a la divina Libertad juraban.

Decid, oh, Grecia, oh, Roma,
oh, Helvecia, y tú, oh, Boston, en la ardua empresa
de vuestra libertad, cuántos furores
tuvisteis que arrostrar; decid las plagas,
las muertes, los horrores
que en medio de vosotros arrojaron
los déspotas feroces; mas con gloria
de tanto mal triunfaron

vuestro valor y sin igual constancia.
Oh, Colombia inocente,
también oponen pechos de diamante
tus hijos esta vez al gran torrente
de la devastación: ¡felice día!,
hoy un muro de bronce han levantado
entre ellos y la horrenda tiranía.

Vano es que en Lima el oro con el fraude
hoy prodigue la raza de tiranos
a mercenarios viles; los valientes
de la patria se acercan, y con rayos ardientes
las falanges combaten y destrozan
de bárbaro opresor; solo en la fuga
busca ya su salud, abandonando
a la gran capital: mas ¡ay! primero,
con despecho nefando,
sus fueros más sagrados atropella, le arranca sus tesoros, y cargado
de crímenes horrendos, a los montes
corre precipitado
a ocultar su ignominia; ¡ya el soldado,
que desmaya infeliz en su carrera
con saña nunca vista, la más fiera
por el hispano jefe es inmolado!
Como la densa nube,
que amaga destrucción, es impelida
al remoto horizonte por el viento,
así de espanto herida,
para eterno escarmiento,
huye la hueste sanguinosa, y deja
de su ambición el poderoso asiento.

¡Libertad! ¡Libertad! Las altas torres
del orgullo europeo convertidas

en polvo caen, y el ídolo sangriento
del fanatismo horrible. Ya el palacio
ocupa San Martín donde las leyes
de sangre se dictaron; largo espacio
allí adórese la soberbia imagen
de los hispanos reyes;
mas ora en Lima el pérfido tirano
no encuentra algún asilo a su vergüenza;
hoy muere su esperanza,
pues no puede surcar el oceano,
y allá en Europa concitar la saña;
cual en un tiempo, de la fiera España.

Salve, genios ilustres,
que inflamados a la luz de la gran filosofía,
pudisteis anunciar del Nuevo Mundo
la libertad a todas las naciones:
Salve, una vez y mil, sabios varones;
ved ya, para consuelo, realizada
la teoría del bien, que al hombre un día
le fue en vuestros escritos revelada.
Cuando la espesa nube del misterio
en larga noche, tenebrosa y fría
los pueblos infelices conservaba;
cuando la España con pesado cetro
de América los brillos eclipsaba,
vuestro sagrado acento
fue una luz celestial, fue luz divina,
que al mísero colono dio el aliento,
con que después rompiera
el yugo abominable, que tres siglos
en oprobio del hombre le oprimiera.
Vuestros nombres el mundo agradecido
jamás olvidará. Ved ya destruido

para siempre el contrato³⁸⁰,
que en ruina de los Incas celebraron
la vil codicia y ambición sangrienta;
aquel contrato horrendo,
que selló el fanatismo, y aún lamenta
la triste humanidad; ella aún gimiendo
nos recuerda, que un día fue insultado
el Dios de paz en sacrificio augusto
por tres hombres feroces invocado.

Cese, pues, gran Colombia,
el compasivo llanto, que derramas
sobre las tumbas de tus caros hijos
que vibrando su espada,
del Septentrión al Sud por ti murieron;
tus ojos, largo tiempo encadenada,
harto llanto vertieron;
hoy, libre de opresión, en ellos brille
la más dulce alegría;
los himnos oye, con que te saludan
de un polo al otro polo tus guerreros
en tan dichoso día.
Ved como, vencedores del tirano,
levantan a porfía
altares a tu nombre soberano.
A ti, patria querida, han consagrado
el código sublime
de nuevas sabias leyes, que han formado.
Ellas fruto sagrado
son de virtud y sangre generosa,
con que la faz de tu hemisferio hermosa
en lides mil y mil enrojecieron,
cuando de esclavitud te redimieron.

En tu fecundo suelo
crecerá majestuoso
de libertad el árbol sacrosanto;
sobre los montes alzaré su frente,
y sus ramas pomposas
cubrirán el más vasto continente.
Sí, que el día ha llegado,
en que el antiguo déspota humillado
en su rabia inhumana,
los hombres todos de diversos climas
den aumento a la gente americana.

Ya tus altos destinos
se pronuncian, oh, patria,
en los consejos de tus sabios varones.
Tus fieles hijos todas las regiones
pueden ya visitar; no, no está lejos
el día, en que los libres de Occidente
que habitan en tu imperio,
lleven al Indo y Ganges caudalosos,
sus frutos y tesoros más preciosos.
Por más breve, más próspero camino
sus naves llegarán al Golfo Indiano,
no como el Lusitano
cuando en el Tormentario navegaba,
y el furor de sus ondas afrontaba.

Ya no podréis jamás, crueles tiranos,
tanta dicha estorbar, que el cielo envía
a la angustiada tierra;
ni la superstición, ni el fiero orgullo,
que en vuestros pechos de crueldad se encierra,
renovarán nuestros pasados males.
¡Feliz posteridad! De vuestros bienes

hoy nos da la razón claras señales;
¡mi mente, al contemplarlos, cuál se agita
en un furor divino!
yo veo del alcázar del destino
súbito abrirse las ferradas puertas,
y allí, en letras de fuego escrita,
leo vuestra dicha futura.
No, no es grata ilusión, vano deseo;
que fiel me lo asegura
la sagrada Opinión, que al Nuevo Mundo,
al orbe, a todos clama:
Libertad, libertad, fuera tiranos,
que toda esclavitud al hombre infama.
¡Época memorable! Ya los pueblos,
que tan altos, acentos hoy escuchan,
como las olas de la mar se agitan,
el carro de la guerra precipitan
contra el cruel despotismo, y fieros luchan.

Y tú, España, que largo tiempo esclava
del poder más fanático y sangriento,
con sangre y fanatismo esclavizaste
al Nuevo Mundo, empieza ya a ser justa.
Si es verdad, que respiras hoy el aura
de libertad augusta, 470
de esta eterna deidad, que el orbe adora,
no quieras por más tiempo ser señora
de Colombia inocente;
reconócela libre, independiente
del trono de tus reyes.
Si hoy al fin olvidada
de tus sangrientas leyes
acceptares la paz, que te ofrecemos,
con fervor sacro, y en un mismo idioma

la libertad del mundo cantaremos.

¿Pero qué monumento, o gran Colombia,
consagrarte debemos,
cuando a la faz de todas las naciones
libre, joven y hermosa te presentas?
¿Dónde el sublime artífice hallaremos,
que en su obra muestre cuanto bella ostentas?
¿Para ensalzar tu nombre imitaremos
de Egipto las pirámides enormes,
los grandes obeliscos consagrados
hasta ahora al fanatismo y al orgullo?
que tus fuertes hijos inflamados
del entusiasmo ardiente,
te alzarán al Olimpo
de un modo más grandioso y permanente
que el griego y el romano,
cuando con mano experta y atrevida
a mármoles y bronces dieron vida.

Tu prole venturosa subirá a la alta cima
de los nevados Andes; allí el genio
inflamará su audacia hasta que imprima
gigante humana forma y asombrosa
al mayor de los montes; en la estatua
de la divina Libertad la tierra
lo verá convertido;
estatua que resista al gran torrente
de los siglos, y triunfe del olvido;
estatua colosal, nuevo portento,
que domine las tierras y los mares.
Así los navegantes,
que osados dejan los paternos lares,
así los fatigados caminantes,

al ver de un horizonte más lejano
tan alto monumento,
saludarán con alma reverente
a la deidad, al numen soberano,
que por siempre será de gente en gente
invocado en el mundo americano.

JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR

**A la libertad de Lima
Oda**

Hasta allá donde llega el himno patrio
quiere alzarse mi voz; ¡valedla, cielos!
¡Dios del verso y de Delos!,
¡Dios de la patria!, en tu fulgor divino
arda por siempre irrefrenable el alma;
prenda en mi sien tu rayo y el destino
y las glorias diré del Mundo Nuevo.
¡Salud hijos de Febo!
La virtud hoy las rosas amontona,
do posará por siempre vuestra lira;
que ya os señala el genio que os inspira
de laureles sin sangre una corona;
cantad la patria, y la virtud amada,
cantad la salvación, que ya aherrojada
en el Averno la crueldad se mira;
la libertad alzada
en tronos de oro, la virtud vengada
de tres siglos de oprobio ¡Oh, ved cuál frena
sus estragos el bronce!, cual resuena
el himno augusto de la paz querida;
que el heroísmo aprisionó la guerra
con candados de hierro, y para siempre
tendió su brazo al hombre, y de la tierra
se encargó la virtud: ved que la Fama
al romper su clarín omnipotente,
“No hay más que un héroe solo”,
gritando va de un polo al otro polo.
Y vos lo visteis cuando el genio dijo:

Fue la salud de Lima ¡Qué impotentes
sus hebras dirigiera
la Discordia tenaz!; la vista fiera
arrojó al rededor, mirose sola
y llamó a la venganza, concitola,
hizo el postrer amago, y disipose,
y el abismo cubriola.
La América su rostro lagrimoso
al cielo alzando, registró en sus luces
su destino glorioso;
que en letreros de estrellas miró escrito
de San Martín el nombre; vio allí mismo
su antiguo poderío, su heroísmo,
virtud, leyes, riqueza... todo violo
en el augusto manto del Olimpo.
No fue esta una ilusión, sombra mentida
que engañara su afán, ¡héroes del mundo
que sois soles del cielo,
vos nos mirasteis dulces!; fue este suelo bendecido por vos, por vos fecundo
de bienes y virtud, ¡Oh!, sois los mismos
que en Chacabuco y Maipo encadenasteis
la ambición orgullosa; en los abismos
do muerde inútil sus pesados hierros,
de vos y San Martín los almos nombres
escándalo serán. Parad guerreras,
pueblo araucano, las hermosas naves
de redención cargadas, ¡cuán ligeras róbanse
al puerto con felice planta!
La aura diolas favor en soplos suaves,
y la hija de Nereo
sus ninfas convocando,
viose en el mar mil héroes sustentando.
Es vuestra salvación, ¡oh, venturoso
pueblo peruano!, que las aguas llevan;

venganza del afán ignominioso
que os costó vuestra vida. ¡Oh!, ¡cuál renuevan
su gloria escarnecida vuestros lares!
¡Cuál hierve humeante en el sepulcro ilustre,
la antigua tierra y sombras empapando,
la regia sangre! Cerros mil bramando
vomitando huracán se dan la nueva
desde el gran Potosí a los Amancaes.
La tiranía atónita asomando
desde su asilo la espantosa frente,
mil rayos que ya hieren ve asombrada,
y se esconde impotente,
y sus víboras pisa; ensangrentada
por dentro de cadáveres, se avanza
la guerra impía y su consejo oferta
que es la última salud. ¡Oh! ¡cuál despierta
el rayo que dormía! ¡Ay! ¡que se afila
la rencorosa espada con las hieles
del despecho mortal!... Tened crueles;
¿hasta dónde el odioso poderío
queréis llevar y la injusticia antigua?
¡Esclavos de un tirano! El don impío
de servirle mostráis cuando a la suerte
la llave de dos mundos ha arrojado?
Iberia os lo persuade; ensangrentado
os mostrará su trono
de nuestra sangre y vuestra; una vez, cedan
la ambición y el encono
al clamor de la tierra, al ay vehemente
de la virtud hollada;
paz, os grita el Perú; dad a mi frente
de hermosuras hibleas coronada
la dulce oliva, Pachacama grita...
el despotismo convirtió así solo

su torva vista, contemplose atento;
dio un silbo pavoroso y al momento
que las furias juntó, la tierra abriose;
una mirada atroz al noble pueblo
lanzó y precipitose,
y el Cocito abarcolo para siempre.
Salud ínclita Heliópolis; el rostro
gozosa alzado al héroe esclarecido
que asombra en vuestras calles; noblecido,
el laurel se le ofrece generoso;
al escuadrón glorioso;
limeños contemplad; ved esos pechos
usados al trabajo y a la gloria,
y en ellos hallaréis el precio justo
de vuestra suerte venturosa y grande.
¡Oh, fausto día de eternal memoria!
¡Oh, júbilo inefable! “Es acabado,
dijo el Rímac frenando su corriente,
mi presagio feliz; no será dado,
mientras mis aguas dore el sol ardiente,
hollar a los tiranos mis arenas”,
y alzando sus espaldas, pudo apenas
al héroe saludar y retirarse.
La Fama entonces tras el astro hermoso
que la nueva llevaba al Occidente
voló, y fue más allá y resonoso
dio el grito: “Es libre el Sud e independiente”.
¡Cuánta mudanza!, ¡qué universo nuevo
llena mi fantasía!; arrebatado,
a una nación contemplo hermosa y grande,
que al rol de las antiguas se coloca;
y ellas blandas la miran.
Sierras alzadas con el dedo toca
y en oro se convierten; les señala

países inmensos do natura había
arcanos aún ignotos, desgarrada
la cortina eternal que los cubría.
¡Cuánta gente repasa infatigosa
la inhabitada tierra!, ¡cuál resuenan
los hondos valles que antes silenciosa
la augusta Ceres visitar solía!
La industria es exaltada; al alto solio
presentes son sus nobles pensamientos;
se reproduce el hombre
bajo un clima feliz; sus sentimientos,
la dulce religión, las sabias leyes
reglar supieron elevando el alma;
las luces se derraman y revienta
la virtud en los blandos corazones.
¡Cuántos Régulos! ¡Ah, cuántos Solones
ilustres van creciendo!
¡Y a par de los Ulises cuál asoman
los Homeros divinos!
Vos lo seréis, oh, genios peregrinos
que con verso de luz, cítara de oro
cantasteis de la patria los destinos.
Vivid, vivid; y mientras se amontonan
los bronces que han de dar a la memoria
los nombres imborrables
de los héroes del Sud, cantad su gloria;
cantad su gloria que será la vuestra,
cuando una misma estatua muestre al hombre
que aún no nació, su nombre y vuestro nombre.